Caritas Internationalis: Celebración Eucarística del martes

P. Larry Snyder

Juan 14: 27 -31

Los irlandeses han hecho innumerables contribuciones a la civilización y a la cultura occidentales. Si tuviera que nombrar tan sólo un par de ellas diría: sabiduría y humor. Estos dos dones se combinan en un corpus literario llamado bendiciones irlandesas, que son muy populares especialmente entre los descendientes de irlandeses en todo el mundo. Quisiera empezar citando una de esas bendiciones que dice:

> Que aquellos que nos amen, nos amen.
>
> Y a aquellos que no nos amen, que Dios les tuerza el corazón.
>
> Y si no les tuerce el corazón, que les tuerza los tobillos.
>
> Así los reconoceremos por su cojera.

En el pasaje bíblico de hoy, del Evangelio de San Juan, Jesús promete darnos paz duradera. ¿Cómo debemos interpretar esa promesa? Si observamos, a lo largo de nuestra historia y de nuestro mundo actual, ha existido un conflicto constante que ha resultado en la pérdida de sangre y talento futuro en las naciones. La gente de fe tiene desacuerdos que no siempre se solucionan de formas acordes a la caridad y el respeto, que supuestamente deben ser la marca distintiva de los creyentes. Incluso en nuestras familias, a veces hay discordancia y falta de armonía que amenazan los vínculos familiares.

Por lo tanto, ¿Podríamos decir que esta promesa de paz duradera es una promesa vacía? Para empezar a responder esa pregunta, debemos entender el contexto original en el que Jesús pronuncio estas palabras. Al ver a los primeros discípulos, sabemos que cuando esa primera comunidad de creyentes se hacía a la idea de que Jesús ya no estaba físicamente presente entre ellos, hubo confusión, temor e incluso caos. Él, que había sido su ancla mientras lo seguían por los pueblos de Galilea hasta los increíbles acontecimientos de Jerusalén, pronto los iba a dejar y la pregunta que todos tenían en mente era: ¿Cómo iban a encontrar su camino? Pero recuerden que esto fue antes de la experiencia transformadora de Pentecostés.

Y quizás este entendimiento de la experiencia de Pentecostés sea la clave para entender la promesa de paz que Jesús hace. Con la venida del Espíritu Santo, las mentes de los primeros discípulos se abrieron y se les dio un entendimiento que sobrepasaba el simple razonamiento humano. Ahora sus ojos podían ver lo que sólo era posible a través de los ojos de la fe. El miedo y la ansiedad superficial de simples creyentes se transforma en la convicción y la fortaleza que son verdaderamente dones del Espíritu.

Nosotros, que recibimos el Espíritu mediante el Bautismo y la Confirmación, nos beneficiamos de este entendimiento. Sigue habiendo conflicto en el mundo que nos rodea, pero si elegimos verlo a través de los ojos de la fe, podemos ir más a allá de lo que son simples estadísticas y encontrar el sentido fundamental en el amor y, sí, incluso en el sufrimiento. Si interpretamos literalmente las palabras de Jesús, su amor puede transformar nuestras vidas de lo mundano a lo sagrado, y su amor puede consumir nuestros corazones con una paz que desvanece todo temor.

Yo creo que para todos los que trabajamos en las organizaciones Caritas alrededor del mundo hay otro nivel de trascendencia. Con frecuencia, las personas a quienes servimos se encuentran confundidas y temerosas; sus vidas pueden rayar en lo caótico y buscan desesperadamente un rayo de esperanza. Todos podemos verlo, especialmente cuando ocurre un desastre natural la vida de la gente se ve trastornada por la pérdida y la aflicción. Pero también están aquellos que han creado por sí mismos el caos en sus vidas. Nosotros respondemos con compasión y sin juzgar.

En ese sentido, se parecen a muchos de los primeros discípulos. Se nos ha encomiado la tarea ayudar al necesitado. Pero lo que es más importante, estamos llamados a compartir con ellos el mensaje del amor de Dios y a darle un sentido verdadero a la paz de Cristo. Esto es lo que nos diferencia y lo que hace que nuestra labor sea santa - porque es la obra de Dios.

Decidimos amar a aquellos que la sociedad dice que es imposible amar. Decidimos amar a aquellos que la sociedad dice que no son dignos de ser amados y no merecen ser amados. Lo hacemos porque interpretamos literalmente las palabras de Jesús: que Él está entre nosotros y su paz se imbuirá en nuestro trabajo. Lo que nos dice el humor de la bendición irlandesa que cité al principio de mi homilía, es que Dios no tomará parte de nuestra mezquindad o nuestra estrechez de miras. El amor de Dios no puede ser controlado por la pequeñez de las limitaciones humanas. Cada día, nuestra labor es testimonio de esa fe.

Así que interpretemos a Jesús literalmente y, cada día, en nuestro trabajo, impartamos un mensaje de paz para todos aquellos a quienes Dios decide enviarnos. Es un mensaje que ellos están desesperados por escuchar.

Que aquellos que nos amen, nos amen.

Y a aquellos que no nos amen, que Dios les tuerza el corazón.

Y si no les tuerce el corazón, que les tuerza los tobillos.

Así los reconoceremos por su cojera.

Que frente a la necesidad humana y la la marginación, no encontremos cojeras en nuestro amor. Que se nos conozca por nuestro amor mutuo y por nuestro servicio a los necesitados.